

PARTE 1

MARTINA Y LOS CUENTOS DE AJEDREZ

La Semilla de la Campeona



Rodrigo Estrada

Cuentos de Ajedrez para Dormir

Créditos y Licencia

Martina: Cuentos de Ajedrez para Dormir — Parte 1: La Semilla de la Campeona

Escrito por: Rodrigo Estrada (Papá de Martina)

Ilustraciones: Generadas con Inteligencia Artificial y editadas por el autor.

Sitio Web Oficial: <https://martinachess.com>

Código Fuente: <https://github.com/raestrada/martina>

Este libro recopila los cuentos de la **Parte 1** publicados originalmente en formato digital en el sitio web oficial de Martina. Cada historia está diseñada para enseñar conceptos reales y prácticos de ajedrez (tácticas, finales, aperturas, resiliencia y mentalidad deportiva) a través de aventuras surrealistas y humor absurdo adecuado para niños.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de compartir (copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato) y adaptar (remezclar, transformar y construir a partir del material) bajo las siguientes condiciones:

- **Atribución (BY):** Debe otorgar el crédito correspondiente de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios.
- **No Comercial (NC):** No puede utilizar este material con fines comerciales.

- **Compartir Igual (SA):** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.

Índice

Cuento 1. El Primer Movimiento	
Cuento 2. Tic, Tac, Jaque Mate	:
Cuento 3. La Clavada del Alfil Exiliado	:
Cuento 4. El Caballo Salvaje	:
Cuento 5. La Coronación de Peoncito	:
Cuento 6. La Jugada Invisible	!

CUENTO 1

El Primer Movimiento

Donde Martina conoce a un peón con bigote, una torre que vende empanadas, y le hace jaque mate a una reina que estornuda

Aquella noche, Martina se quedó dormida repasando mentalmente su De Siciliana. Sus dedos danzaban sobre las sábanas como si movieran piezas invisibles. «El negro no busca igualar —murmuró entre sueños—. El negro busca contraatacar.»

No supo en qué momento exacto las sábanas se volvieron cuadros blancos y negro. Supo que, de pronto, estaba de pie sobre un tablero que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El suelo alternaba casillas de mármol claro y obsidiana pulida. El cielo era un tablero invertido: nubes cuadradas, estrellas ordenadas en filas y columnas (excepto una estrella rebelde en la casilla h12 que titilaba en diagonal).



—Alto ahí —dijo una voz que intentaba ser imponente pero sonaba a pito de plástico.

Martina giró. Frente a ella había un peón de cristal, translúcido, del tamaño de u pequeño. Tenía algo extraño: un bigote espeso, negro y perfectamente encerad desproporcionado que parecía un manubrio de bicicleta pegado bajo su diminuta nariz.



—Me llamo Peoncito —dijo el peón, acomodándose el bigote con gesto teatral—. Pe del Reino de la Luz. Mucho gusto. No me mire el bigote. Es falso. Me lo puse porque cansado de que nadie me tome en serio. Un peón sin bigote es invisible. Un peón con b —hizo una pausa dramática— ...sigue siendo invisible pero con estilo.

Martina lo miró fijamente. Luego miró el bigote. Luego a Peoncito. Luego otra vez el bigote que en ese momento empezó a despegarse lentamente por la esquina izquierda.

—Se te está cayendo el bigote —dijo Martina.

—No se me está cayendo nada —respondió Peoncito, y con una mano diminuta se lo va aplastar contra la cara—. Es un bigote de pensador. Se mueve cuando pienso. Y yo mucho.

—Ajá. ¿Y dónde estoy?

—En el Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas —dijo Peoncito, y el bigote se le va despegar—. Tenemos un problema. Un problema muy, muy grande. Más grande que el bigote. Y mi bigote es enorme.

—Los problemas grandes son mis favoritos —dijo Martina, y era verdad.



Empezaron a caminar por el tablero infinito. Peoncito se movía de uno en uno, obviamente porque «yo soy un peón, no un trasatlántico». Martina tuvo que esperarlo diecisiete veces el camino, Peoncito le explicó:

—El reino está dividido por el Gran Río Central —señaló cuatro casillas de ancho que brillaban con agua de mercurio—. d4, e4, d5 y e5. El centro. El que controla el centro controla el reino. El que controla el reino, controla el universo. El que controla el universo, bueno, ese ya es mi tío segundo, pero no viene al caso.

—¿Tu tío controla el universo?

—No. Vende seguros. Pero se cree muy importante. Debe ser algo de familia.

Martina iba a preguntar algo más cuando un olor glorioso la detuvo en seco. Era un olor que bailaba entre el orégano, el tomate cocido y algo vagamente... ajedrecístico.

—Ah, ya llegamos —dijo Peoncito—. La parada obligatoria.

En la casilla c3 había un carrito de madera con ruedas de peón (literalmente: cuatro peones acostados haciendo de ruedas, que se quejaban cada vez que alguien pedía algo

llevar»). Detrás del mostrador, una torre de piedra gris con delantal a cuadros blancos y negros atendía con expresión de quien ha visto demasiadas aperturas y muy pocos finales.



—¡Torretita! —gritó Peoncito—. ¡Dos empanadas!

—¿De qué las quiere? —preguntó la torre con voz ronca—. Tengo Apertura Italiana tomate y albahaca, Defensa Siciliana picante (pica en serio, una vez le hice juicio cliente), Gambito de Dama sin dama —la masa sola, porque la dama se fue—

especialidad de la casa: Fianchetto de alfil envuelto en masa de hojaldre. Esa última pide nadie, pero ahí está.

Martina parpadeó.

—¿Eres una torre que vende empanadas?

—Y usted es una niña que habla con una torre que vende empanadas —respondió la torre al levantar la vista de la masa—. Todos tenemos nuestras cosas. ¿Quiere empanada o no?

—Dame una de Apertura Italiana —dijo Martina.

—Excelente elección —la torre le guiñó una almena—. Agresiva, clásica, con mucho carácter. Como debe ser. ¿La quiere con peón coronado? Es un plus de queso.

—Con peón coronado.

La empanada estaba deliciosa. Mientras comían, Martina notó que uno de los peones llevaba bigote también.

—Es mi primo —dijo Peoncito con orgullo—. Él sí se quiere coronar dama. Yo solo quiero que me respeten.

—Para que te respeten no necesitas bigote —dijo Martina.

—Eso díselo a mi psicólogo. Cobra en escaques.



Reanudaron la marcha. Peoncito le contó lo esencial: la Reina Negra gobernaba el mundo con una mano de hierro forrada en terciopelo. Su gran decreto había sido prohibir el jaque mate.

—Dice que perder es demasiado triste —explicó Peoncito—. Así que ahora todos los juegos terminan en tablas. La gente se aburre tanto que algunos peones piden que los capturen solo para sentir algo.

Martina se detuvo. El bigote de Peoncito casi se le sale volando.

—Eso es ridículo —dijo Martina—. El ajedrez sin mate no es ajedrez. Es como una emp sin relleno. ¿Para qué existe?

—Eso mismo dijo un alfil una vez. Lo exiliaron a una diagonal de un solo color.

—¿Y qué pasó?

—Se volvió loco. Ahora solo se mueve en círculos. Dice que está reinventando la geor Nadie le cree.



Llegaron al borde del Gran Río Central. Al otro lado se alzaba el castillo de la Reina l torres que eran realmente torres, alfiles que sostenían el techo con sus mitras, y un c en la recepción que anotaba a los visitantes en una L mayúscula, porque «es la única que me enseñaron».

—Para cruzar necesitas jugar una partida contra la Reina Negra —dijo Peoncito, y su tembló—. Y ella juega a no perder. Es su especialidad. Una vez empató contra una pared pidió revancha y también fue tablas.

—Yo no juego a empatar —dijo Martina.

—Eso dijeron todos —suspiró Peoncito—. Pero luego la Reina Negra te cambia las dan bloquea el centro, te ofrece tablas con una sonrisa educada y tú, sin saber cómo, te aceptando. Es como cuando te ofrecen una galleta sin azúcar: técnicamente es una g pero tu alma sabe que no.

Martina ya estaba cruzando el puente.

—¡Espera! —chilló Peoncito—. ¡Que no te dije lo del estornudo!

—¿Qué estornudo?

—La Reina Negra es alérgica al jaque mate. Literalmente. Una vez, hace siglos, alguien hizo mate en tres jugadas y ella estornudó durante una semana. Desde entonces lo prohíben. Dice que es por el bienestar emocional del reino, pero en realidad es por sus alergias. Necesita un certificado médico falso y todo.

Martina sonrió. No una sonrisa cualquiera: la sonrisa de quien acaba de entender exactamente lo que tiene que hacer.



El puente era una columna de casillas suspendida sobre un abismo de niebla plateada. A mitad de camino, Martina se cruzó con un caballo que practicaba saltos en L.

—Perdón —dijo el caballo—. ¿Viste si salté en L o en J? Es que estoy entrenando y a veces me confundo.

—Saltaste en L —dijo Martina.

—Menos mal. La semana pasada salté en N y todavía me duele el orgullo.

—¿N? Esa letra no existe.

—Por eso me dolió.

Más adelante, un reloj de ajedrez colgaba de un poste con una nota: «Se regala. Explicar la teoría de la relatividad cada vez que alguien se queda sin tiempo. Motivo: nos tiene hartos».

Martina lo ignoró. Ya tenía suficientes relojes en los torneos.

Al pisar la última casilla del puente, sintió que el mundo se reconfiguraba. Ya no era una niña: era una jugadora frente al tablero más importante de su vida. Las piezas blancas aparecieron ante ella como esculturas de luz. Las negras, frente a la Reina, eran de sí misma, sólidas, como carbón tallado.

La Reina Negra estaba allí, alta, de terciopelo oscuro. Su corona no era de oro sino pañuelos desechables. Tenía uno en la mano, por si acaso.



—Una visitante —dijo, y su voz era un susurro afilado—. Qué inesperado. ¿Vienes a jugar advierto que aquí solo se permite empatar. Es más civilizado. Más higiénico. Más estornudable.

—Me contaron lo de tu alergia —dijo Martina.

La Reina Negra se puso rígida.

—No sé de qué hablas.

—De que te da alergia el jaque mate. Como a mí el polen, pero con más dramatismo.

—Eso es... —la Reina Negra buscó la palabra—... difamación. Y aunque fuera cierto, que es, la prohibición se mantiene por el bien del reino. Nadie debería sentirse mal por perder.

—Perder no es sentirse mal —dijo Martina—. Perder es aprender. Sentirse mal es jugar y ganar nunca.

La Reina Negra apretó el pañuelo. Hizo un gesto con la mano y las piezas se colocaron en su posición inicial.

—Veremos qué dices cuando te ofrezca tablas en la jugada quince —murmuró.

—No llegarás a la quince —dijo Martina.

Un peón negro (también con bigote, notó Martina; era una epidemia) dio un paso adelante y anunció con voz de pregonero:

—¡Primer movimiento! ¡Juéguenlo ya, que tengo el almuerzo en media hora!



Martina jugó e4. Su peón de rey saltó dos casillas como un resorte.

La Reina Negra respondió e5. Simétrica. Sólida. La jugada de quien pide lo mismo que el comensal anterior en un restaurante para no arriesgarse.

Martina adelantó su caballo a f3. La Reina defendió con Cc6. Martina llevó su alfil a e7. Apertura Italiana.

—La Italiana —dijo la Reina Negra con desdén—. Qué... optimista. Como pedir una empanada en un asado.

—Como ponerle tomate a la empanada —respondió Martina—. Parece raro y funciona.

La Reina Negra arrugó la nariz. No entendió la referencia. Nunca había comido empanada. Solo comía piezas capturadas con salsa blanca, que era lo más aburrido. Martina había oído en su vida.

Para la jugada ocho, Martina ya tenía todas sus piezas menores en juego. Sus cruzaban el tablero como flechas. Su caballo en f3 y su dama en e2 formaban una batalla. La dama detrás del caballo, como un director de orquesta que todavía no levanta la batuta, pero ya todos saben que va a sonar fuerte.

La Reina Negra, fiel a su estilo, había cambiado dos caballos como quien barre migas de mesa. Todo limpio. Todo simétrico. Todo... sin alma.

Entonces Martina recordó las palabras que tanto amaba:

—Mikhail Tal dijo una vez —susurró—: «Debes llevar a tu oponente a un bosque oscuro donde los caminos sean cinco, y donde el camino de salida sea tan estrecho que solo uno pueda escapar.»

«También dijo —pensó Martina— que le gustaba jugar contra rivales que estornudan, y así el tablero se limpia solo.» Pero esto último probablemente no lo dijo Tal. Lo acababa de inventar ella. Y le gustó.

Era hora de entrar al bosque.



Martina había permitido que la Reina Negra capturara no una, sino sus dos torres. La primera de ellas, la torre de a1, acababa de ser engullida por el alfil negro.

La Reina Negra parpadeó. Por primera vez, el pañuelo se le cayó al suelo.

—Te has quedado sin torres —dijo, y su voz sonó mezclada con sorpresa y desdén—. jugando como quien regala el postre antes de la sopa.

—Ahora no tengo torres —dijo Martina—. Pero mira bien.

Y en el tablero, las piezas blancas empezaron a brillar. Martina veía líneas de colores: en c4 apuntaba a f7, la dama en b3 estaba lista para entrar en acción. La codicia de la Negra la había llevado a una trampa que tenía más de cuatrocientos años. Una trampa mismísimo Gioachino Greco, jugada en 1620.

—Judith Polgar enseñó que no existen las jugadas inocentes —dijo Martina—. Y Mikl nos enseñó que a veces, para llevar a tu rival a un bosque oscuro, tienes que dejar camino lleno de piezas de regalo.

Dicho esto, Martina sacrificó su alfil.

Axf7+.



El tablero vibró como un gong. El puente crujió. Las piezas negras temblaron tanto que un peón se cayó de lado y tuvo que ser levantado por sus compañeros (el del bigote primo, que justo pasaban por ahí).

La Reina Negra miró la jugada, incrédula. El alfil blanco acababa de estrellarse contra jaque. No podía capturarlo porque la dama de Martina en b3 lo protegía.

La Reina Negra no tuvo más remedio que mover su rey. Rf8.

—Ahora viene el verdadero bosque oscuro —anunció Martina.

Ag5. El alfil amenazaba a la dama negra. La Reina Negra jugó Ce7 para bloquear. Martina dio tregua y saltó con su caballo al centro: Ce5. El rey negro corría de un lado a otro. Una tormenta de capturas: el alfil negro tomó en d4, Martina jugó Ag6... ¡y luego Df3+!

de dama. La Reina Negra sacrificó alfiles para intentar sobrevivir, pero Martina implacablemente tras tomar en f6, asestó el golpe final. Dxf6+. El rey negro fue forzado a e8.

Y entonces Martina, con la precisión quirúrgica que habría hecho aplaudir a F, pronunció las palabras más bellas del ajedrez:

—Df7 mate.

La dama blanca aterrizó en f7. El rey negro no podía moverse a ninguna casilla. No huir. No podía pedir tablas. No podía fingir que no había pasado.

Jaque mate.



El Secreto detrás del Cuento

El sacrificio de alfil que usó Martina para derribar las defensas de la Reina Negra es una de las tácticas documentadas más antiguas del ajedrez, conocida como el **Sacrificio de Greco**. Fue registrado alrededor del año 1620 por el jugador italiano Gioachino Greco. ¡Reproduce aquí mismo los movimientos exactos que él escribió hace más de 400 años!



¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/01-el-primer-movimiento.html#partida-real>



Hubo un silencio absoluto. Hasta el reloj de ajedrez del poste se calló (por primera vez en siglos).

Y entonces, la Reina Negra estornudó.

—¡ACHÍS!

No fue un estornudo cualquiera. Fue un estornudo de esos que hacen temblar las lámparas que despeinan alfombras, que mandan peones a volar tres casillas. Peoncito, que estaba parado desde la orilla, tuvo que agarrarse el bigote con las dos manos.

—¡ACHÍS! ¡ACHÍS! ¡ACHÍS!

Tres estornudos seguidos. Uno por cada jugada del mate.

Cuando por fin se le pasó, la Reina Negra se quitó la corona de pañuelos. Estaba empalmeada y débil. Y, por primera vez en siglos, estaba... extrañamente contenta.

—Nunca... —dijo, sonándose la nariz con un peón que pasaba (no era de bigote; era un peón normal que justo iba al mercado)—. Nunca había sentido algo así. Es horrible y maravilloso al mismo tiempo. Como un resfrío con purpurina.

Martina se acercó y le ofreció un pañuelo limpio (siempre llevaba; era precavida).

—Eso que sentiste —dijo— no es la alergia. Es la emoción del jaque mate. La parte de atreverse a ganar y también la parte de aceptar perder. Las dos cosas juntas. Como la corteza y el relleno.

—Como una empanada —murmuró la Reina Negra, y se sorprendió a sí misma usando una metáfora gastronómica. Quizás era hora de probar una.

—Exacto —dijo Martina—. El ajedrez no es solo protegerse. Es arriesgar. Es crear belleza. Es entrar al bosque oscuro sin saber si vas a salir.



Algo maravilloso ocurrió. Las piezas negras del reino empezaron a recuperar color: volvieron blancas; cada una encontró su propio tono: plata, miel, azul noche, verde b. Hasta el alfil exiliado volvió moviéndose en círculos, pero ahora en círculos felices.

La torre de las empanadas cruzó el puente con su carrito (los peones-rueda iban con una canción de cancha) y le ofreció una empanada a la Reina Negra.

—De Gambito de Dama —dijo la torre—. La dama volvió.

La Reina Negra mordió la empanada y estornudó de nuevo, pero esta vez fue un estornudo de felicidad.

—Sabe a victoria —dijo.

—Sabe a tomate y queso —corrigió la torre—. Pero acepto la comparación poética.

Peoncito llegó corriendo (bueno, moviéndose de uno en uno, que es su velocidad máxima) con el bigote ya completamente despegado y ondeando como una bandera en la mar.

—¡Lo lograste! —gritó—. ¡Rompiste el maleficio! ¡Devolviste el jaque mate al reino! ¡Ahora puedo tirar este bigote ridículo!

Hizo una pausa.

—Aunque... me gusta. Me lo voy a quedar. Pero por elección, no por presión social. ¡Es mi crecimiento personal!

Martina se agachó para quedar a su altura.

—Peoncito, un peón no necesita bigote para que lo respeten. Un peón necesita llegar al otro lado del tablero. Y para eso hay que avanzar, no esperar. Y cuando llegues, ¡puedes convertirte en lo que quieras: dama, torre, alfil o caballo. O empanadero. Lo que tú elijas!

Peoncito se quedó pensando. El bigote, ahora torcido, le daba un aire filosófico.

—¿Puedo ser un peón con bigote que también es feliz?

—Puedes ser lo que quieras.

—Entonces quiero ser eso. Y también probar la empanada de Fianchetto, ya que no pide. Alguien tiene que hacerlo.



Martina sintió que el tablero bajo sus pies se volvía suave. Las casillas de mármol y obsidiana se transformaban en sábanas otra vez. El cielo cuadriculado se diluía en la luz tibia de la lamparita de noche.

—Espera —dijo Peoncito, y por un instante su voz fue la de su papá—. ¿Volverás al Rey y las Sesenta y Cuatro Casillas?

—Siempre vuelvo —dijo Martina, ya con los ojos cerrados, ya en la frontera del sueño—, cada vez que me siento frente a un tablero, ya estoy allí.

—¿Y le vas a traer un pañuelo a la Reina Negra? Porque ahora que volvió el jaque mate, ella se estornuda bastante.

—Le traeré una caja entera.

Y lo último que vio antes de dormirse del todo fueron las piezas de su propio ajedrez, sobre la mesita de noche, brillando con luz propia. Juraría que el peón de rey tenía un bigotito. Y que el caballo estaba practicando saltos en N. Pero eso ya sería demasiado, incluso para un sueño.

O quizás no.

*Fin del primer cuento.
Continuará...*

CUENTO 2

Tic, Tac, Jaque Mate

Donde Martina descubre que el reloj corre igual para todos, pero el pánico es opcional

La noche antes del torneo escolar, Martina no podía dormir. No era por los nervios—los nervios eran para otra gente—, era por el reloj. El reloj de ajedrez que su papá le comprado estaba sobre la mesa de noche, y aunque estaba apagado, ella podía oír Tac. Tic. Tac.

—Es un reloj —dijo su papá desde la puerta, viéndola con los ojos abiertos—. No muerde

—Lo sé —dijo Martina—. Pero habla.

Su papá la miró con esa expresión que ponía cuando no sabía si Martina hablaba en serio o estaba a punto de soltar algo ridículo. Generalmente eran las dos cosas.

—¿Y qué dice?

—Dice que mañana tengo quince minutos por partida. Más cinco segundos por jugada. Si me quedo sin tiempo, pierdo así tenga dama de ventaja y el rival solo tenga un rey desnudo y con gripe.

—Eso no lo dice el reloj. Eso lo dicen las reglas.

—El reloj las aprendió. Es muy estudioso.

Su papá suspiró, le dio un beso en la frente y apagó la luz. Martina cerró los ojos. El tic-tac transformó lentamente en otra cosa: en el latido de un tambor lejano. Como si en otra parte, un ejército de piezas estuviera marchando hacia el Gran Río Central.



El gimnasio del colegio olía a piso recién encerado y a emoción. Dieciséis mesas en doce Dieciséis tableros. Treinta y dos relojes, todos haciendo tic-tac al mismo tiempo, como si el edificio tuviera taquicardia.

Martina llegó temprano, con su polera de IA con ajedrez y sus shorts de vóley. Se sentó en la mesa 3. Su reloj estaba frente a ella, igual al de su casa pero con cara de pocos amigos.

—Buenos días —dijo el reloj.

Martina no se inmutó. Sabía que los relojes no hablaban. Pero también sabía que su imaginación sí, y que su imaginación era mucho más entretenida que la realidad. Así que decidió escuchar.

—Me llamo Tictac —dijo el reloj con voz de locutor radial—. Aunque en el reino me conocen como «el que explica la relatividad cuando alguien se queda sin tiempo». Hoy vi algo interesante. No le digas a nadie que estoy aquí. Sobre todo al de la mesa 8, que ya me quiere regalar por segunda vez.



Martina sonrió. El reloj parlante del Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas se había colado en su torneo. O al menos su versión imaginaria.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó Martina en voz baja, porque hablar con un reloj frente a otros niños era técnicamente raro, incluso para ella.

—Voy a ser imparcial —dijo Tictac—. El tiempo es democrático: los mismos quince minutos para ti que para tu rival. Lo que hagas con ellos es tu problema. Pero un consejo: ¡no te pegues. Odio que me peguen.

—Nunca le pego a los relojes.

—Mi jugadora favorita.



El rival de la primera ronda se llamaba Tomás. Diez años. Gafas. Peinado de erizo. Y un de juego que Martina detectó de inmediato: velocidad pura.



Tomás se sentó, puso el reloj en el centro, y antes de que el árbitro terminara de «pueden comenzar», ya había jugado e4.

Plaf. El botón del reloj sonó como una cachetada.

Martina lo miró. Tomás la miraba a ella como quien mira un semáforo en rojo con impaciencia. Como si cada segundo que Martina pensaba fuera un insulto personal.

—Respira —le susurró Tictac—. Él corre. Tú decides.

Martina respiró. Miró el tablero. e4. Lo de siempre. Respondió e5 con calma.

Tomás jugó Cf3. *Plaf*. Martina respondió d6. *Tac*. Defensa Philidor. Tomás avanzó c3. Martina jugó f5. *Tac*. Un contragolpe agresivo. El tablero empezaba a arder, pero seguía moviendo como si solo le importara apagar su reloj.

En ese momento, Martina vio algo en la casilla e4.

Un bigote.

Parpadeó. El bigote seguía ahí, flotando ligeramente despegado sobre el peón k. Debajo del bigote, una voz minúscula:

—Ese muchacho juega como si el tablero estuviera en llamas —dijo Peoncito, apareciendo de cuerpo entero sobre la casilla, con su bigote más torcido que nunca—. La Aperturita Italiana no se juega así. La Apertura Italiana se juega con respeto. Con tomate y albóndigas. Como las empanadas de Torreta.

—Peoncito, estoy en un torneo —susurró Martina.

—Lo sé. Y estás perdiendo tiempo valioso escuchando a un peón imaginario. Así que no te preocupes, que el erizo te está mirando feo.

La apertura se convirtió en un caos táctico. Tomás sacrificó piezas y capturó peones al *Plaf, tac, plaf, tac*. Martina respondía con desarrollo firme. Sacó sus caballos, su alfil a f5, y enrocó largo. 0-0-0.



En la jugada trece, Tomás cometió su primer error. Creyendo que su posición era inexpugnable, también enrocó largo. 0-0-0. *Plaf*. Una jugada que parecía natural, pero encerraba en su propia tumba.

—Mijaíl Tal —susurró Tictac— decía que los rivales que juegan rápido siempre tienen prisa por equivocarse. Pero a veces hay que mostrarles exactamente en qué.

Martina avanzó su peón a d5, atacando el centro. Tomás, sin pensar, capturó con s Axd5. *Plaf*.

Y de pronto, Tomás se detuvo.

Por primera vez en toda la partida, no movió inmediatamente. Miró el tablero. Miró a M Volvió a mirar el tablero. Su mano izquierda tamborileó sobre la mesa.

—Se le acabó la velocidad —dijo Peoncito, acomodándose el bigote—. Ahora empieza ajedrez de verdad.

Tomás jugó De2. Una jugada sólida, pero lenta. Martina miró su reloj: le quedaban minutos. Tomás tenía once.

—Está ganando por tiempo —dijo Peoncito.

—El tiempo no gana partidas —respondió Martina—. Las ganan las jugadas.



Tomás sonreía. Creía tener la partida controlada. Pero Martina veía algo diferente. \ famoso «Mate de Boden», jugado por primera vez en 1869. Y lo estaba reproduciendo el tablero de la mesa tres.

—Judith Polgar —dijo Tictac con tono de documental— enseñó que a veces el ataque brutal viene de sacrificar la pieza más valiosa. Y yo agregaría, por experiencia propia: segundo que pierdes por acelerarte es un segundo que te pasará factura. La relatividad perdona. Ni yo.

—Tictac, cállate.

—Cállate tú, que tienes mate en tres y no lo ves.

Martina parpadeó. Mate en tres. ¿Dónde?

Respiró hondo. Dejó de oír los tic-tac. Dejó de oír a Peoncito. Dejó de oír a Tictac. Dejó a los niños de las mesas vecinas. Solo existía el tablero. Solo existía la posición.

Cuarenta y cinco segundos. Eso tardó en encontrarlo.

Dama captura en c3. Jaque. El peón blanco debe tomar. Alfil a a3. Y entonces...

—No es mate en tres —murmuró Martina—. Es mate en dos.

—Perdón —dijo Tictac—. Soy reloj, no computadora. Redondeé.



Martina sacrificó a la pieza más fuerte del tablero.

Dxc3+.

Tomás la miró como si le hubiera escupido el tablero. Abrió la boca. La cerró. Miró a M. Miró la dama ofrecida. Miró el reloj.

—Pero... —empezó a decir.

—Lo tomo —dijo Martina, con una sonrisa—. Lo tomo como que aceptas la captura. bxc3.

Tomás, desconcertado, obedeció. Capturó la dama con su peón b. Su reloj ahora marcaba nueve minutos. El de Martina, tres minutos y cuarenta segundos.

Tres minutos con cuarenta segundos para demostrar que la velocidad no le gana a la precisión.

Martina tomó su alfil de casillas oscuras.

—Cuando entras al bosque oscuro de Tal —dijo Peoncito desde su casilla—, la velocidad vuelve irrelevante. Lo único que importa es si encuentras la salida antes que el otro.

—O si la encuentras, punto —dijo Martina.

Y estrelló su alfil en a3. Aa3#.

Jaque. La geometría de los alfiles de Martina formaba una «X» perfecta que cruzó enroque blanco. El rey de Tomás no tenía a dónde ir. Las blancas no tenían defensa.

Tomás volteó su rey. *Clac*.

—Jaque mate —dijo Martina.

—Mejor dicho imposible —agregó Tictac, y luego se quedó en silencio, que era lo más educado que podía hacer un reloj en ese momento.

El Secreto detrás del Cuento

El increíble jaque mate en forma de cruz que Martina ejecutó bajo la presión del reloj se llama el Mate de Boden. Fue jugado por primera vez en 1853 en Londres por Samuel Boden contra su rival Schuder. Ocurre cuando dos alfiles cortan el tablero en "X" mientras el rey enemigo está atrapado por sus propias piezas. ¡Dale play y mira cómo lo hizo el verdadero Boden!

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/02-tic-tac-jaque-mate.html#partida-real>



Después de la partida, Martina fue al kiosco. Necesitaba un jugo. La señora que a llevaba un delantal a cuadros y una expresión de quien ha visto desfilar genera enteras de niños sudados pidiendo lo mismo.



—Un jugo de naranja —dijo Martina.

—¿De Apertura Italiana o de Defensa Siciliana? —preguntó la señora, y Martina está a punto de contestar «Siciliana» antes de recordar que estaba en el mundo real y q

jugos no tenían nombre de apertura.

—De naranja normal —dijo.

—Qué aburrido —dijo la señora—. La semana pasada un niño me pidió un jugo de Gambi Dama. No sé qué es, pero le cobré el doble.

Martina sonrió. En algún rincón de su mente, Torreta le guiñó una almena.



Esa noche, antes de dormir, Martina puso el reloj sobre su mesa de noche. Esta vez r tic-tac. Oyó otra cosa.

—Gracias —dijo Tictac en su imaginación.

—¿Por?

—Por no pegarme. Y por entender que el tiempo no es un enemigo. El tiempo es un al sabes usarlo. Quince minutos tuyos valen más que treinta de alguien que no piensa.

—Eso no lo dice un reloj —dijo Martina—. Eso lo digo yo.

—Lo aprendí de ti —dijo Tictac.

Martina apagó la luz. Mañana había segunda ronda. Quizás le tocaba contra alguien jugaba lento. O rápido. O mitad y mitad. No importaba. Ella jugaría a su ritmo. A su m A ganar.

Y si aparecía un peón con bigote en el tablero, o un reloj que hablaba, o una seña kiosco que vendía jugos de Gambito de Dama... bueno, eso solo lo vería ella. Y con bastaba.

Fin del segundo cuento.

Continuará...

CUENTO 3

La Clavada del Alfil Exiliado

Donde Martina conoce a un rival digno de su táctica favorita y le demuestra que Morphy ya la hizo mejor en 1858

Si hay algo que Martina ama más que ganar, es ganar con estilo. Y si hay algo que más que ganar con estilo, es ganar con una clavada. Una buena clavada —de esas inmovilizan al caballo enemigo mientras tu alfil lo mira desde la diagonal como un gato a un canario— era, para Martina, la jugada más elegante del ajedrez. Más que un sa de dama. Más que un mate en una.

Esa tarde, en el entrenamiento, había ejecutado una clavada tan perfecta que su pr quedó en silencio quince segundos. Luego dijo: «Martina, eso fue quirúrgico. Polgar e orgullosa.» Y Martina sintió que podía volar. O al menos saltar dos casillas y captu diagonal.

—Mañana quiero otra clavada —dijo al acostarse—. Más grande. Más cruel. Más bonita.

—Eso no es una oración para dormir —dijo su papá desde la puerta.

—Es una oración para soñar —respondió Martina.

Y se durmió con una sonrisa de alfil satisfecho.



Despertó sintiendo frío. No frío de temperatura —frío de tablero tenso. Estaba de vuelta en el Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas. Pero algo había cambiado. El cielo cuadrado estaba salpicado de piezas inmóviles, como estatuas. Un peón en a3, tieso. Un caballo congelado a media L. Hasta los peones-rueda del carrito de Torretea estaban quietos:

que no había ocurrido en siglos (porque incluso siendo ruedas, siempre encontraban a qué quejarse).

—Peoncito —llamó Martina.

—Aquí —respondió una voz tensa.

Martina lo encontró en la casilla e4. Estaba paralizado, con un alfil enemigo apuntando desde a7. Su bigote falso colgaba de la mejilla, completamente despegado. Pero no levantarlo. Peoncito sin poder tocarse el bigote era como un pez sin agua.

—Estoy clavado —dijo Peoncito con una dignidad trágica—. Ese alfil de a7 me mira. Detrás de mí está Torreta en e1. Si me muevo, la torre queda expuesta. Y tú sabes cuánto vale la torre. Cinco puntos. Es como perder veinticinco empanadas.

Martina estudió la posición. La diagonal del alfil partía el tablero como un rayo láser.

—Es una clavada perfecta —dijo, y su voz tenía admiración genuina—. Mira ese ángulo y esa profundidad. La precisión. Quien hizo esto...

—¿Podrías no admirarla? —chilló Peoncito—. ¡Soy la víctima!

—Lo siento. Pero mírala. Es hermosa.

Peoncito logró fruncir el espacio donde habría estado su ceja.



Siguiendo la diagonal a7-g1, Martina encontró al responsable.

El Alfil Exiliado estaba en su trono de casillas negras (solo negras; las blancas se le vetadas). Pero ya no se movía en círculos. Estaba quieto. Concentrado. Su mitra puntiaguda proyectaba flechas de sombra en todas direcciones.

—Veo que dejaste la geometría circular —dijo Martina.

El alfil giró lentamente. Sus ojos de sombra brillaban con una intensidad nueva.

—Descubrí algo mejor —dijo—. La clavada. No es un movimiento: es un arte. Congela al rival. Lo paralizas. Lo obligas a mirar cómo pierdes sin poder hacer nada.

—Lo sé —dijo Martina—. Es mi jugada favorita.

El Alfil Exiliado parpadeó.

—¿Tu... jugada favorita?

—Uso clavadas desde que empecé. Antes de saber enrocar, ya sabía clavar. Mi profesor me dijo que soy «quirúrgica». Judith Polgar, quirúrgica. ¿Entiendes?

El alfil la miró de arriba a abajo. No con desdén. Con curiosidad.

—Nadie en este reino entiende la clavada —dijo—. Los caballos se quejan. Los peones se quejan. La Reina Negra estornuda. Pero tú...

—Yo las colecciono —dijo Martina—. Tengo clavadas simples, clavadas dobles, clavadas cruzadas y una clavada que hice el martes que dejó a un alfil llorando en una esquina. Esa es mi favorita.

El Alfil Exiliado se irguió. Su mitra se enderezó. Por primera vez en siglos, algo parecido a una sonrisa cruzó su rostro de sombra.

—Entonces sabrás que he clavado a medio reino. No por maldad. Por demostración. Para que vean lo que una clavada puede hacer.

—Y lo que hiciste con Peoncito y Torreta —dijo Martina—: diagonal a7-e1. Alfil apunta al alfil. Detrás está la torre. Es clavada de libro. Limpia. Elegante. Te doy un ocho.

—¿Un ocho?

—No es un diez porque Torreta no es la dama. Si fuera la dama, sería perfecta.

—Detrás de Peoncito está la Reina Blanca —dijo el alfil—. Está en e1. La acabé de clavar. Torreta está en e2 ahora. La cambié mientras hablábamos.

—Entonces te doy un nueve y medio. El decimal es por la creatividad.

El Alfil Exiliado soltó algo que podría describirse como una risa. Era más bien un cruj maderoso vieja.

—Me caes bien —dijo—. Por eso te propongo un duelo.

—¿Qué tipo de duelo?

—Un duelo de clavadas. Tú y yo. Una partida. Gana quien ejecute la clavada más hermosa, más letal, más artística.

Martina sonrió. No la sonrisa educada de quien acepta un desafío. La sonrisa de quien recibe el mejor regalo del mundo.

—Me estás haciendo un favor —dijo—. Llevo todo el día esperando clavar algo.



El tablero de duelo apareció entre ellos, más brillante que nunca. Martina lleva blancas. El Alfil Exiliado, las negras. Alrededor, las piezas clavadas del reino se descongelan lentamente para mirar. Hasta el reloj parlante dejó de explicar relatividad (por una vez) para prestar atención.

—e4 —dijo Martina. Su peón saltó dos casillas, enérgico.

—e5 —respondió el Alfil.

—Cf3 —Martina desarrolló su caballo al centro—. No es una clavada todavía, pero pac Las clavadas se cocinan a fuego lento. Como las empanadas.

—Las empanadas se fríen —corrigió Torretea desde la banda.

—Lo que sea.

El Alfil Exiliado jugó d6. Defensa Philidor. Sólida. Típica de alguien que quiere sobrevivir después.

Martina jugó d4, abriendo el centro. Y entonces, en la jugada tres, el Alfil Exiliado hizo su primer movimiento de artista.

Ag4.

El alfil negro se plantó en g4 y clavó el caballo blanco de f3. Una diagonal perfecta atravesaba al caballo y apuntaba a la dama.

—Primera clavada —anunció el Alfil—. Tu caballo no puede moverse. Detrás está tu dama, así que el caballo se aparta...

—Sí, sí, sé cómo funciona una clavada —dijo Martina—. La reconozco porque yo he estado en la misma. Buena elección.

Pero Martina no se inmutó. No necesitaba mover el caballo. En lugar de eso, jugó capturando el centro. El Alfil capturó el caballo: Axf3. La dama blanca recapturó: Dxf3.

—Perdiste tu clavada —dijo Martina—. Y yo tengo la dama activa. ¿Cuántos puntos vale la dama activa?

—Nueve —dijo Peoncito desde la banda—. Como cuarenta y cinco empanadas.

—Eso.

El Alfil Exiliado respondió dxe5, capturando el peón. La posición seguía siendo sólida. Martina jugó Ac4, desarrollando el alfil. El Alfil respondió Cf6, desarrollando su caballo. Martina jugó Db3, apuntando a f7. La dama y el alfil formaban una batería clásica. El Alfil Exiliado respondió De7, protegiendo.



Llegó la jugada nueve. Y Martina supo que era el momento.

Ag5.

Su alfil blanco voló hasta g5 y se plantó allí, mirando fijamente al caballo negro. Detrás del caballo... la dama negra en d8.

El tablero vibró.

El Alfil Exiliado se quedó quieto. Miró la clavada. La estudió. La admiró.

—Es una clavada perfecta —dijo—. Tu alfil inmoviliza mi caballo. Si muevo el caballo, pierdes la dama. Está en la diagonal exacta. Ni un milímetro de error. Es...

—Quirúrgica —dijo Martina—. Como Polgar.

—Iba a decir hermosa. Pero quirúrgica también funciona.

El Alfil Exiliado, conmovido pero no vencido, intentó contraatacar. Jugó b5, atacando de c4. Martina capturó con el caballo: Cxb5. El Alfil recapturó con cxb5. Martina respondió con jaque: Axb5+.

El Alfil Exiliado bloqueó con Cbd7. Martina enrocó largo: 0-0-0. Su rey encontró seguridad: su torre de d1 apuntó al centro como un cañón.

—Ahora viene lo bueno —dijo Martina—. Porque una clavada sola es bonita. Pero una clavada que lleva al mate... —hizo una pausa dramática—... es poesía.

—Mikhail Tal —dijo el reloj parlante desde su poste— decía que el ajedrez es poesía. Yo agregó que la poesía es relatividad. Y la relatividad...

—¡Cállate! —dijeron todos al mismo tiempo.



El Alfil Exiliado también enrocó: 0-0-0. Intentaba poner a salvo a su rey. Pero su dama estaba clavada por el alfil de Martina en g5. Seguía sin poder moverse. Seguía siendo...

espectadora de lujo de su propia derrota.

Martina inspiró hondo. Este era el momento que siempre soñaba: la combinación que le daba una posición sólida con violencia y belleza.

Rxd7.

—¿Estás... sacrificando la torre? —El Alfil Exiliado no daba crédito.

—No sacrifico —dijo Martina—. Invierto. Y la inversión se llama «tu rey se queda sin defensores».



El Alfil Exiliado no tuvo más remedio que capturar: Rxd7. Martina llevó su otra torre a c8. La torre blanca apuntaba ahora al rey negro como una lanza. El Alfil movió su dama a d8. Demasiado tarde.

Axd7+. Martina capturó la dama con jaque. El caballo recapturó: Cxd7.

—Y ahora —dijo Martina, disfrutando cada sílaba—, la guinda del pastel.

Db8+.

La dama blanca se arrojó contra el rey. El caballo la capturó: Cxb8.

Td8 mate.

La torre entró en d8. El rey negro en c8. El caballo en b8, taponando la huida. El alfil l en b5, quitando la casilla d7. Las negras no podían mover. No había escape. No había de

Jaque mate.



El silencio duró exactamente cuatro segundos. Luego, un crujido.

El Alfil Exiliado estaba... ¿aplaudiendo? Sus manos de sombra chocaban produciendo sonido como de ramas secas.

—Nunca —dijo—, en cuatrocientos años de exilio, había visto una clavada tan elegante. g5 fue perfecta. Pero lo que vino después... Eso ya no fue una clavada. Fue una sinfonía

—Fue Paul Morphy —dijo Martina—. La jugó en París, en 1858. En medio de una ópera gente cantando —hizo una pausa—. Yo solo la copié. Pero con mi estilo.

El Alfil Exiliado asintió lentamente.

—Creí que era el maestro de la clavada. Pero tú no eres una alumna. Eres... una colega

—Somos colegas —dijo Martina—. Tú la descubriste por tu cuenta, reinventar geometría. Yo la aprendí estudiando a los grandes. Las dos formas son válidas.

El Alfil Exiliado chasqueó los dedos (bueno, hizo un ruido de bisagra) y todas las clavadas del reino se descongelaron.

Peoncito fue el primero en recuperarse. Se acomodó el bigote con una ceremonia que duró dos minutos enteros.

—Propongo algo —dijo el alfil—. Un club. El Club de la Clavada. Nos reunimos los jueves enseño la teoría y tú demuestras la práctica.

—Acepto —dijo Martina—. Pero el uniforme del club es un bigote falso.

—Trato hecho.

Peoncito, desde la banda, alzó su bigote como una bandera.



La fiesta de inauguración del Club de la Clavada se celebró en la diagonal a7-g1, que Exiliado había decorado con guirnaldas de escaques. Torreta trajo empanadas de Ap Italiana (las clásicas, por respeto a la tradición). El Caballo de N intentó bailar y se enredado en su propio salto. El reloj parlante dio un discurso sobre «el tiempo relativo clavadas» y nadie le hizo caso, como siempre, pero esta vez con cariño.



Martina y el Alfil Exiliado jugaron tres partidas más. Martina ganó las tres. El alfil molestó. «Perder contra ti —dijo— es casi tan educativo como ganar yo solo.»

—¿Casi?

—Casi. El orgullo no se va en un día. Llevo cuatrocientos años construyéndolo.

—Con una clavada lo rompes en dos jugadas.

—No me tientes.

Martina sintió que el tablero se volvía suave. Hora de volver.

—Volveré —dijo—. Los jueves. Al club.

—Te espero —dijo el alfil—. Trae clavadas nuevas.

—Siempre tengo.

Y lo último que vio fue al Alfil Exiliado, ya no en círculos, ya no resentido, dibujando f en el aire con su mitra mientras explicaba a tres peones curiosos la diferencia entre clavada absoluta y una relativa. Peoncito, sentado en primera fila, tomaba apuntes con pluma sujeta al bigote.

Martina sonrió mientras las casillas se volvían sábanas. Mañana, en el entrenamiento clavar algo. No sabía qué. Pero iba a ser glorioso.

Fin del tercer cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

La clavada perfecta de Martina y su espectacular sacrificio de torre no son magia inventada. En 1858, el genio estadounidense Paul Morphy jugó esta misma partida (conocida como *Partida de la Ópera*) contra un Duque y un Conde a la vez, ¡mientras veían una ópera en teatro de París! Es considerada una de las partidas más hermosas de todos los tiempos. Reprodúcela jugada a jugada:

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/03-la-clavada-del-alfil-exiliado.html#partida-real>

CUENTO 4

El Caballo Salvaje

Donde Martina va a un torneo lleno de niños que se creen animales y descubre que un caballo indomable en d5 puede ganar una guerra

Hoy el torneo es distinto —dijo su papá mientras estacionaba el auto frente al polideportivo.

Martina alzó la vista de su libreta de aperturas. «Distinto» podía significar muchas cosas. Podía significar que jugaban sin reloj (aburrido). Podía significar que había jugado contra otros colegios (interesante). O podía significar que su rival traía galletas sin azúcar para compartir (crimen).

—¿Distinto cómo?

—Hay un grupo nuevo. Se llaman... —su papá frunció el ceño, buscando la palabra correcta.
therians.

—¿Y eso qué es?

—Niños que se identifican con animales. No físicamente, sino por dentro. Sienten que dentro de ellos verdadero yo es un animal. Algunos son lobos, otros gatos, otros aves... Ya sabes, como en internet.

Martina guardó su libreta y se bajó del auto.

—Entonces hoy hay un torneo con niños que se creen animales —dijo—. Esto promete.

—No «se creen» —la corrigió su papá—. Se *identifican*. Es distinto.

—Como Peoncito con su bigote.

—¿Qué?

—Nada. Chiste interno.



El polideportivo olía a gimnasio y a algo más. Algo vagamente... animal. No era olor a mojado ni a jaula de hámster. Era una mezcla de emoción y nervios, con un toque de lo imaginario.

Martina entró y lo primero que vio fue a una niña con orejas de gato. Orejas postizas de peluche, perfectamente colocadas sobre su cabeza. La niña lamía el borde de su botella de agua. Metódicamente. Como un gato.

—Interesante —dijo Martina.

La segunda cosa que vio fue a un niño con una cola de zorro colgando del cinturón. El niño estaba agachado junto a su tablero, moviendo su peón con la nariz.

—Más interesante todavía.

La tercera cosa —y aquí Martina se detuvo en seco— fue un niño de su edad, delgado, pelo castaño revuelto, que no llevaba orejas ni cola ni nada. Pero se movía de una manera muy particular: avanzaba dos pasos y luego uno de lado. Dos pasos y uno de lado. Y cuando estaba quieto, tamborileaba los dedos en ese ritmo. Dos adelante, uno al costado.

Martina lo observó con atención profesional. Reconocía ese movimiento en cualquier posición.

—Ese niño camina en L —dijo.

El niño se detuvo. Giró la cabeza. Sus ojos eran grandes, oscuros, y tenían algo que Martina solo había visto en los caballos de verdad: inteligencia salvaje.

—Me llamo Equis —dijo—. Y no «camino en L». Me muevo como lo que soy.

—¿Y qué eres?

—Caballo.

Lo dijo con la misma naturalidad con que otra persona diría «tengo hambre». No era una broma. No era una pose. Equis era un caballo por dentro y no le importaba quién lo supiera.

Martina asintió lentamente.

—Yo conocí a un caballo que a veces saltaba en N —dijo—. Pero cuando acertaba la jugada era imparable.

Equis la miró con una chispa de reconocimiento.

—Tú entiendes.

—Entiendo de caballos —dijo Martina—. Es mi pieza favorita. Bueno... —hizo una pausa t...
—. Después de la clavada.



El torneo comenzó. Dieciséis mesas. Treinta y dos jugadores. De los treinta y dos, al i...
diez llevaban algún tipo de accesorio animal. La niña gato lamía sus piezas ant...
moverlas. El niño zorro olfateaba el tablero antes de cada jugada. Un chico may...
máscara de lobo aullaba quedamente cada vez que capturaba algo.

En la mesa 3, Martina fue emparejada con... Equis.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo Peoncito.

Martina parpadeó. Peoncito estaba sentado en el borde de su tablero, con las p...
colgando sobre la casilla e4. Su bigote estaba perfectamente encerado. Por una vez.

—No puedes estar aquí —susurró Martina—. Esto es el mundo real.

—Soy tu imaginación. Tu imaginación puede estar donde quiera. Es como tener un pase...
todos lados.

—Eso no es lo que significa VIP.

—Peoncito, el peón más importante. La P es de Peón. Las otras dos letras las...
investigando.

Martina suspiró y se concentró en el tablero. Equis ya estaba listo. Sus dedos tamboril...
el ritmo de caballo: dos golpes, uno de lado. Dos golpes, uno de lado.

—Juego con blancas —dijo Martina, y adelantó su peón de rey: e4.

Equis no respondió con e5 ni con c5. Respondió con... un relincho suave.

Y luego jugó c5. Defensa Siciliana. La defensa más agresiva del negro. La defensa de la que no vienen a empatar.

—Siciliana —dijo Martina, impresionada a pesar suyo—. Buena elección.

—Los caballos no pedimos permiso —respondió Equis—. Galopamos.

Martina desarrolló su caballo a f3. Equis respondió e6, una variante cerrada. Martina jugó abriendo el centro. Equis capturó: cxd4. Martina recapturó con el caballo: Cxd4. Equis sacó su caballo a f6. Martina desarrolló el otro: Cc3. Equis jugó d6, un movimiento tranquilo y sólido.

—Tus caballos están inquietos —observó Equis repentinamente.

—¿Perdón?

—El de f3. El de c3. Los noto nerviosos. Quieren saltar pero no saben adónde. No tienen propósito.

Martina lo miró fijamente. Ese chico hablaba de los caballos del tablero como si fuera verdad. Como si pudiera oírlos. Como si él mismo fuera uno de ellos.

—Dice la verdad —susurró Peoncito desde e4—. Yo conozco a los caballos. Tengo uno que es medio caballo. Por parte de madre.

—No tienes madre. Eres una pieza de ajedrez.

—Detalles.



La partida avanzó. Martina jugó Ae2, un desarrollo tranquilo. Equis respondió Ae7. Martina enrocó: 0-0. Equis también: 0-0. Ambos reyes encontraron seguridad. Ambas posiciones sólidas. Pero los caballos de Equis empezaban a moverse.

Primero fue el caballo de f6. Saltó a g4. Amenazaba el peón de e3. Luego a e5. Luego a e7. Cada salto era un latigazo. Cada movimiento descolocaba algo.

—Tus caballos —dijo Martina, siguiendo el baile con los ojos— se mueven como si el tablero fuera una pradera.

—Lo es —dijo Equis, y por primera vez sonrió—. El tablero es una pradera. Las casillas son pasto. Y nosotros... nosotros galopamos.

Martina sintió algo que no sentía a menudo: admiración. No por la calidad de las jugadas de Equis —que era buena, pero no excepcional— sino por su forma de entender el ajedrez. Él calculaba variantes. Él sentía los saltos. Como el Caballo de N sentía la N. Como Tal sentía los sacrificios.

—Mikhail Tal —dijo Martina, casi para sí misma— habría disfrutado jugar contra ti. Él también sentía el tablero. No solo lo pensaba.

Equis relinchó. Esta vez más fuerte. Varios jugadores de mesas cercanas levantaron la cabeza. La niña gato bufó. El niño lobo aulló en solidaridad.



Llegó el momento. Martina había estado preparando algo. Algo que requería paciencia, precisión y un caballo. Un solo caballo en el lugar correcto.

Jugó Dg3. Su dama apuntó a g7. Equis respondió Rh8, poniendo a salvo a su rey. Martina jugó Td1, llevando la torre al centro. Equis movió su dama a c7.

—Ahora —susurró Peoncito—. Es el momento.

—Lo sé.

Martina jugó Cd5.



El caballo blanco aterrizó en el centro del tablero como un rayo. La casilla d5. Protegió el peón de e4. Apuntando a la dama negra en c7. Apuntando al peón de f6. Apuntando a todo.

Equis se quedó inmóvil. Sus dedos dejaron de tamborilear. Era la primera vez en esta partida que su ritmo de caballo se detenía.

—Tu caballo... —dijo— está en el centro del mundo.

—Se llama puesto avanzado —dijo Martina—. Una casilla en territorio enemigo protege un peón propio. Desde aquí, mi caballo controla ocho casillas. Ocho. Como las patas de una araña. Como los tentáculos de un pulpo. Como... bueno, como un caballo en d5.

Equis lo miró con reverencia. El caballo blanco, desde d5, era intocable. Si Equis lo capturara con su peón de e6, Martina recapturaría con su peón de e4, abriendo la columna y lanzando un ataque devastador sobre el rey negro. Era una trampa. Y Equis lo sabía.

—No puedo tomarlo —dijo Equis—. Si lo tomo, pierdo.

—Exacto. Y si no lo tomas, también pierdes. Porque desde ahí, mi caballo te va a destruir.

—Judith Polgar —dijo Peoncito, citando de memoria— enseñó que el caballo es la pieza subestimada del tablero. La gente se deslumbra con la dama, se impresiona con las torres, pero un caballo en el centro es un rey sin corona.

—Eso no lo dijo Polgar —dijo Martina.

—Lo dijo su caballo. El que tenía en d5 en 1993. Contra Spassky. Fue un escándalo.

—Estás inventando.

—Estoy mejorando la realidad. Que es lo que hacemos las piezas imaginarias.



La partida entró en su fase final. Martina, con su caballo monstruoso en d5, empezó a tejer una red. El caballo saltaba de d5 a f6, de f6 a e4, de e4 a d5 otra vez. Un baile hipnótico y torbellino de casillas negras y blancas.

Equis intentó defenderse. Movi6 su dama, movió sus torres, movió sus alfiles. Pero cada movimiento lo dejaba más atrapado. El caballo de d5 era el sol alrededor del cual giraban todas las demás piezas.

—Tu caballo me está mirando —dijo Equis, y su voz tenía una mezcla de terror y fasci—. Me mira y yo no puedo moverme.

—Es lo que hace un buen caballo —dijo Martina—. Te clava sin ser un alfil. Te amenaza una torre. Te asfixia sin ser un peón pasado. Es la pieza más extraña del ajedrez y por la más bella.

Martina jugó Ce4, llevando su caballo (el otro, el de c3) a una posición de ataque. El c blanco, ya fuera de d5 momentáneamente, se unió al asalto.

Luego Cxf6+. Jaque con captura. El peón negro de g7 recapturó. Y entonces Martina ll dama a h4. Amenaza de mate en h7.

Equis movió su torre a g8. Defensa desesperada. Pero ya no había salvación. Martina Ce8.

El caballo —el INVENCIBLE, el de d5— saltó a e8 como un cometa. Amenazaba la negra. Amenazaba el mate. Amenazaba todo.

Equis miró el tablero durante un minuto entero. Sin pestañear. Sin relinchar. Sin movers

Luego, lentamente, tumbó su rey.

—Jaque mate —dijo, y su voz fue la de alguien que acaba de presenciar algo sagrad caballo me ha dado mate. No tu dama. No tu torre. Tu caballo.

—Eso es lo que hacemos los que entendemos de caballos —dijo Martina—. Les dar centro. Y ellos nos dan la victoria.



Después de la partida, Equis se acercó a Martina. Ya no se movía en L. Caminaba n Como si la partida lo hubiera aterrizado.

—Quiero preguntarte algo —dijo.

—Dispara.

—¿Tú crees que existió un caballo de verdad? Uno que saltaba en L y nunca se equivocaba. Uno que podía dominar un tablero entero desde una sola casilla.

Martina sonrió. No la sonrisa de quien sabe la respuesta. La sonrisa de quien sabe que la respuesta no importa.

—Yo conozco a uno que a veces salta en N. Pero cuando acierta la L, es más poderoso que una dama.

—¿Existe de verdad?

—Existe para quien cree en él. Como los caballos interiores. Como los therian. Como tú. Como yo. Como todos. Como nadie. Como no se ve pero se siente.

Equis asintió. Y luego, sin previo aviso, pegó un relincho tan potente que la niña gato se cayó de la silla y el niño lobo aulló tres veces seguidas en solidaridad.

—Ese fue de celebración —dijo Equis—. No de derrota.

—Lo sé.



De vuelta en el auto, Martina iba en silencio. Su papá la miró por el retrovisor.

—¿Qué tal el torneo?

—Gané.

—Eso ya lo sé. ¿Qué tal los niños therian?

—Interesantes —dijo Martina—. Especialmente un caballo. Jugaba como si el tablero fuera un campo abierto. No calculaba: galopaba.

—¿Y qué aprendiste?

Martina pensó un momento.

—Que cada pieza tiene su forma de moverse. Y cada persona también. El truco moverte como te dicen. El truco es moverte como eres.

Su papá sonrió. Martina se recostó en el asiento y cerró los ojos.

En el tablero de su mente, un caballo galopaba libre por las sesenta y cuatro casillas contaba los saltos. No medía las L. Simplemente corría. Libre. Salvaje. Imparable.

Y en algún rincón del Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas, el Caballo de N terminó su carrera y aterrizó en e5 con una precisión que no había tenido en siglos. Nadie lo vio. Pero él lo sabía.

Había sido una L perfecta.

Fin del cuarto cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

El caballo invencible que usa Martina para ganar este cuento no es pura imaginación. En 19... durante el campeonato de la Unión Soviética en Moscú, el gran maestro Vasily Smyslov jugó exactamente esta misma estrategia contra Iosif Rudakovsky. Smyslov instaló a su caballo blanco en la casilla d5 y demostró al mundo cómo un "puesto avanzado" en el centro puede dominar todo el tablero. ¡Descúbrelo tú mismo!

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/04-el-caballo-salvaje.html#partida-real>

CUENTO 5

La Coronación de Peoncito

Donde Peoncito llega a la octava fila y descubre que elegir quién ser es más difícil que atravesar un tablero infinito

Si hay algo más difícil que avanzar de uno en uno durante tres cuentos es soportando burlas por un bigote falso, esperando diecisiete veces a que una nueve años te alcance, y viendo cómo tu primo trabaja de rueda en un carr empanadas... es llegar. Llegar de verdad. Y no saber qué hacer.

Peoncito estaba en la séptima fila. Le faltaba una casilla. Una. Después de siglos invisible —con estilo, pero invisible—, el peón de cristal se encontraba frente a la puerta grande que había visto en su vida. No era una puerta de madera ni de piedra. Era una p de luz. Rectangular. Luminosa. Vibrante.

Detrás de esa puerta estaba la octava fila. Y en la octava fila, todo peón que llega convertirse en lo que quiera: dama, torre, alfil o caballo. El sueño de cualquier peón. La por la que los peones avanzan, aunque sepan que van a morir en el intento.

Peoncito llevaba diez minutos parado. Con su bigote perfectamente encerado. Sin mov

—¿Y ahora qué? —preguntó al vacío.

El vacío no respondió. Los vacíos nunca responden. Son muy maleducados.



La noticia corrió por el Reino de las Sesenta y Cuatro Casillas más rápido que un jaque Peoncito, el peón del bigote, estaba a punto de coronar. Y todo el mundo —piezas, p empanaderos y relojes parlanchines— quería opinar.

La primera en llegar fue Torreta, que cerró el carrito de empanadas y apareció en la c8 con un delantal limpio y un discurso preparado.

—Peoncito, amigo mío —dijo con su voz ronca de piedra—. Sé torre. Las torres tei sindicato. Tenemos descansos los domingos. Tenemos un plan de pensiones que inclu almenas y un foso a elección. Además, mira qué elegancia —giró sobre sí misma, most su perfil rectangular—. Somos la envidia de las damas. Bueno, de las damas no, porque se mueven para todos lados, pero de los alfiles seguro.

—Vendo empanadas —añadió—. Eso también es un plus.

Antes de que Peoncito pudiera responder, un galope atronador sacudió el tablero. El C de N aterrizó en la casilla g7 —una L imperfecta, pero solo por un milímetro— y casi se por delante el mostrador de Torreta.

—¡PEONCITO! —relinchó—. ¡Hermano de bigote! ¡Tienes que ser caballo! ¡Los caballos LIBRES! ¡Saltamos donde queremos! ¡Por encima de peones, por encima de torre encima de...!

—¿Por encima de alfiles? —preguntó una voz seca desde la diagonal a1-h8.

El Alfil Exiliado apareció deslizándose por las casillas negras (las blancas, por sup seguían vetadas por el comité de exilio).

—Sé alfil —dijo—. Las diagonales son infinitas. La perspectiva es única. Ves cosas q demás piezas no ven. Y además... —bajó la voz, confidencial— puedes elegir tu Literalmente. Aunque te sugiero las negras. Las blancas están sobrevaloradas y ade mí no me dejan usarlas, así que por solidaridad...

—Las blancas son perfectamente válidas —dijo una voz desde el cielo.

Era la Reina Blanca. Nunca hablaba. Bueno, casi nunca. Llevaba tres cuentos en sile todos asumían que era muda o tímida o estaba jugando una simultánea a ciegas e dimensión. Pero ahí estaba, flotando sobre la octava fila, con su corona de luz y su r que abarcaba todas las direcciones a la vez.

—Peoncito puede ser lo que quiera —dijo—. Esa es la belleza de la coronación.

—¡Que sea dama! —chilló una voz desde la retaguardia.

La Reina Negra avanzó con una caja de pañuelos bajo el brazo y un certificado médico en otra mano.

—Las damas lo tenemos todo —dijo—. Poder, movilidad, estilo. Eso sí: si alguien te hace mate, te aconsejo un buen antihistamínico. Yo uso este —mostró la caja—. Se llama «Antimatex Forte». Sabe a regaliz pero funciona.

—Eso no existe —dijo Torreta.

—Claro que existe. Lo compré en la farmacia de la casilla b2. Atiende un peón con bigote blanco. Muy profesional. Bigote también. Es una epidemia.

Peoncito miraba a todos. A Torreta con su sindicato. Al Caballo de N con su libertad. Al Exiliado con sus diagonales vetadas. A la Reina Blanca con su silencio sabio. A la Reina Negra con sus antihistamínicos falsos.

Todos le ofrecían algo. Todos querían que fuera como ellos. Y Peoncito, por primera vez en su vida, no sabía qué hacer con su bigote.

—Necesito a Martina —dijo.



Martina llegó justo a tiempo. Literalmente. El reloj parlante, que había estado cronometrando el debate, anunció:

—Diecisiete minutos y treinta y dos segundos. Eso es lo que tardan en aparecer cuando las necesitas. La relatividad dice que...

—Cállate —dijeron todos.

—Me callo. Pero conste que diecisiete minutos es mucho.

Martina se acercó a Peoncito. El peón la miró con sus ojitos de cristal y su bigote perfectamente encerado. Pero sus ojos decían algo que su bigote no podía ocultar: me

—No sé qué ser —dijo Peoncito—. Todos quieren que sea como ellos. Y yo... yo solo peón. Avanzar de uno en uno. Morir en diagonal. Tener un bigote falso.

Martina se agachó a su altura.

—Peoncito, ¿tú sabes cuál es el problema de los peones?

—¿Que somos invisibles?

—No. Que pasan tanto tiempo siendo insignificantes que cuando llega su momento, no creen. Pero mira a tu alrededor. Mira este tablero.

Peoncito miró. El tablero infinito se extendía en todas direcciones. Piezas blancas y negras. Ríos de mercurio. Un carrito de empanadas. Un reloj colgado de un poste. Una reina rebelde en h12.

—En este reino —continuó Martina— nadie puede moverse por ti. Nadie puede decidir eres. Ni Torreta, ni el Caballo de N, ni el Alfil Exiliado, ni yo. La coronación es tuya. Solo tú.

—Pero... ¿y si elijo mal?

—No se puede elegir mal —dijo Martina—. Se puede elegir lo que la posición necesita. Pero eso hay que entender la posición.

—¿Y cómo entiendo la posición?

Martina sonrió. La sonrisa de quien va a hacer lo que más le gusta.

—Te lo enseñó en una partida.



Martina se sentó frente al tablero ceremonial. Del otro lado, como adversaria, apareció la Reina Blanca. Era la primera vez que alguien la veía jugar. Su estilo era puro: sin trucos, sin pañuelos. Ajedrez clásico.

—Te advertiré —dijo la Reina Blanca— que no me gustan las tablas.

—A mí tampoco —dijo Martina—. Vamos a divertirnos.

—¿Esto va a doler? —preguntó Torreta desde la banda, tapándole los ojos a dos peones de la rueda—. A mí las partidas de alto nivel me dan acidez. Y tengo empanadas en el horno.

Martina jugó e4. La Reina Blanca respondió e5. Martina desarrolló su caballo a f3. La Torre jugó Cc6. Martina llevó su alfil a b5. La Apertura Española. La Reina Blanca jugó variante Morphy.

—Observa, Peoncito —dijo Martina mientras movía—. La Española es una apertura de maniobras. Todo gira alrededor del centro. Los peones empujan. Las piezas se colocan detrás. Y poco a poco...

—Como el tráfico en hora punta pero con menos bocinas —comentó el Reloj Parlante. Obviamente no sabía nada de tráfico.

La partida avanzó. Martina cambió su alfil por el caballo en c6, dobló los peones negros en e5 y empezó a maniobrar. Su caballo fue de b1 a d2, luego a f1, luego a g3. Las blancas lo presionaban. Las negras resistían.

—Ese caballo se movió más que yo en toda mi vida —murmuró Peoncito, que llevaba un turno en el mismo escaque—. Y yo soy el que va a coronar. Esto es injusticia poética.

—El peón de d4 —dijo Martina en la jugada catorce— es la clave. Desde aquí controla c5. No puede ser atacado fácilmente. Y si avanza...

Jugó d5. El peón blanco avanzó al centro del tablero, apoyado por sus compañeros. La Reina Blanca tuvo que retirar su caballo.

—Ahora tengo un peón pasado —explicó Martina—. Un peón que no tiene peones enfrente. Un peón que, si llega a la octava fila, se convierte en lo que yo necesito para ganar.

Peoncito, desde la banda, observaba hipnotizado. Ese peón de d5 era como él. Peón. Pero rodeado de aliados. Protegido por el caballo en f3, por la dama en d2, por la torre en e1. Todo el ejército blanco empujaba a ese peón hacia adelante.

—Míralo —susurró el Caballo de N, señalando con el hocico— Ese peón va a llegar ante Peoncito. Y ni siquiera tiene bigote.

—No avanza solo —dijo Peoncito en voz baja, ignorando a su amigo equino.

—Exacto —dijo Martina—. Ningún peón avanza solo. Detrás hay un ejército. Y la decisión de coronar no es tuya nada más. También es de la posición.

—¿Y si la posición pide dama? —preguntó Peoncito—. ¿Y si pide alfil? ¿Y si pide... —bajó la voz— un puesto en el carrito de empanadas?

—Hay vacantes —dijo Torreta—. Pero necesitas carnet de manipulador de alimentos. Los peones coronados necesitan carnet.

Martina siguió presionando. La Reina Blanca, acorralada, cometió un error en la jugada veintidós: capturó un peón en b2 con su dama, alejándose del centro. Martina aprovechó la oportunidad.

—La Reina se fue de compras —diagnosticó el Alfil Exiliado—. Error clásico. El centro se abandona por un peón gratis. Es como cambiar una empanada entera por la servilleta.

—La servilleta también es importante —protestó Torreta.

—Cállate, Torreta.

—Ahora —dijo Martina—. Es el momento.

d6.

El peón blanco avanzó a la sexta fila. Amenazaba d7, luego d8. La Reina Blanca intentó bloquear con su torre. Martina respondió con Te1, clavando al alfil defensor. La presión se volvió insostenible.

—¡Está a dos casillas! —gritó Peoncito—. ¡Dos! ¡Yo llevo tres cuentos y este peón lo he seguido veinte jugadas! ¡Esto es favoritismo táctico!

—Tú eres el protagonista —le recordó Martina—. Él es el ejemplo. Aguanta.

d7.

El peón llegó a la séptima fila. A un paso de la gloria. La posición entera temblaba. Las negras se agolpaban alrededor del peón como hormigas alrededor de una miga.

—Y ahora —dijo Martina—, llega la pregunta. Peoncito, ¿en qué se convierte este peón?

Peoncito miró la posición. El peón blanco en d7. Las negras defendiendo d8 con dama y Si coronaba dama, sería capturada. Si coronaba torre, lo mismo. Si coronaba alfil, no jaque y el ataque se disipaba.

—Piénsalo bien —dijo el Alfil Exiliado—. No te presiono. Pero si eliges alfil, te regalo diagonal de cortesía.

—Si eliges torre —dijo Torreta—, te afilio al sindicato sin cuota de ingreso. Oferta por t limitado.

Peoncito los ignoró a todos. Miró la posición.

—Caballo —dijo—. Tiene que ser caballo.

Martina sonrió. La sonrisa más grande de la noche.

—Exacto.

d8=C+.

El peón blanco tocó la octava casilla y se transformó en un caballo de luz pura. El caballo dio jaque al rey negro Y amenazaba a la dama negra al mismo tiempo. Un do caballo recién nacido.

La Reina Blanca parpadeó. Miró la posición. Su rey estaba en jaque. Su dama e amenazada. No podía salvar las dos.

—Coronar dama habría sido inútil —dijo Martina—. Habría sido capturada enseguida. P caballo... un caballo en el momento justo... —hizo una pausa— vale más que diez coronadas sin propósito.

La Reina Blanca inclinó su corona. Una rendición silenciosa y elegante.



El tablero estalló en celebración. El Caballo de N galopó en círculos alrededor del caballo recién coronado, tan emocionado que sus saltos eran una mezcla de L, J, N letra que nadie había visto antes.

—¡UN HERMANO! —relinchaba—. ¡TENGO UN HERMANO CABALLO QUE ANTES ERA P AHORA ES CABALLO COMO YO! ¡ESTO ES LO MEJOR QUE ME HA PASADO DESDI DESCUBRÍ QUE LA N NO EXISTE!

—La N sí existe —dijo el peón recién coronado, relinchando también— ¡La acabo de ver penúltimo salto!

—¿EN SERIO? ¡SOY UN GENIO SIN SABERLO!

Torreta, resignada, abrió de nuevo el carrito.

—Bueno —dijo—. Será caballo. Al menos puedo venderle empanadas. ¿Caballo, quiere de Fianchetto de Alfil? —gritó hacia el nuevo caballo—. ¿O prefieres una de Gamb Dama?

—¡DE CABALLO! —relinchó el recién coronado—. ¿TIENES DE CABALLO?

—No existe la empanada de caballo.

—¡PUES LA INVENTAMOS!

El Alfil Exiliado, desde su diagonal, observó la escena con una mezcla de orgullo he respeto genuino.

—Caballo —murmuró—. Eligió caballo. Con lo bonitas que son las diagonales... —sus Pero fue la elección correcta. Maldita sea. Odio cuando la elección correcta no es la mi

La Reina Negra estornudó dos veces. Una por la emoción del jaque y otra porque a había abierto una empanada de Siciliana picante demasiado cerca.



Martina se acercó a Peoncito, que seguía en la séptima fila. El peón de cristal no avanzado. Seguía allí, con su bigote perfectamente encerado, mirando el tablero cere como quien mira un mapa del tesoro y ya sabe dónde está la X.

—¿Lo entendiste? —preguntó Martina.

—Sí —dijo Peoncito—. No se trata de elegir lo que los demás quieren. Se trata de entender qué necesita la posición.

—Y también se trata de que no tienes que decidir ahora.

Peoncito la miró, confundido. Tanto que el bigote se le torció treinta grados a la izquierda que él lo notara.

—¿Cómo que no?

—Estás en la séptima fila —dijo Martina—. Pero todavía no has llegado a la octava. Faltaba una casilla. Y en esa casilla está la decisión. Pero la decisión no se toma ANTES de llegar. Se toma CUANDO llegas. Cuando ves la posición. Cuando entiendes qué necesita el tablero.

Peoncito bajó la mirada. Luego la levantó. Su bigote brillaba con una luz nueva (en parte por la emoción, en parte porque Torreta acababa de encender un farolito de queroseno por las empanadas nocturnas).

—Entonces... ¿me espero?

—Te esperas. Y cuando llegue el momento, lo sabrás.

—¿Y si el momento es ahora?

Martina negó con la cabeza.

—No lo es. Ahora es el momento de celebrar que casi llegaste. Que estás a una casilla después de tres cuentos, de bigotes caídos, de empanadas frías y de amenazas de muerte perpetuas... estás aquí. En la séptima. Vivo. Con estilo.

Peoncito se irguió. Era la primera vez en toda su existencia que se sentía alto. No en la octava fila. Sino por lo que había recorrido para llegar a la séptima.

—Gracias —dijo.

—No me las des —dijo Martina—. Las gracias se las das al tablero que te aguantó las piezas que te protegieron, y a ese bigote ridículo que nunca se rindió aunque se despidiera.

diecisiete veces.

—Veintitrés —corrigió Peoncito—. Las conté. Veintidós en el primer cuento y una más cuando estornudó la Reina Negra y se me voló hasta la casilla f6. Tuve que pedirle al Caballo que me lo trajera. Tardó cuatro intentos. Los primeros tres fueron Nj.

Martina sonrió.

—Veintitrés. Mejor todavía.



La fiesta de pre-coronación duró toda la noche. Torreta sirvió empanadas de todas las variedades conocidas (excepto la de Fianchetto, que nadie pidió como siempre, y el caballo, que el nuevo Pegasito insistió en que existía). El nuevo caballo, bautizado «Pegasito» por el Caballo de Nj (que quería llamarlo «Njito» pero fue vetado por unanimidad), galopaba feliz por el tablero haciendo saltos casi perfectos. El Alfil Exiliado dio un discurso sobre «la belleza de las decisiones posicionales» que solo entendió él mismo y que fue tan largo que tres peones se durmieron y uno coronó sin querer. La Reina Negra repartió pañuelos a todos, por si alguien estornudaba de la emoción, y estornudó ella misma diecisiete veces, estableciendo un nuevo récord personal «no relacionado con ningún jaque mate o alergia estacional», aclaró mostrando el certificado falso.

Martina sintió que el tablero se volvía suave. La luz de la octava fila se fue desvaneciendo transformándose en la luz de su lamparita de noche.

Antes de irse, Peoncito la miró.

—Cuando llegue a la octava —dijo—, ¿me prometes que estarás?

—Te lo prometo.

—¿Y me ayudarás a elegir?

—No. Elegirás tú. Pero yo estaré mirando.

Peoncito asintió. Su bigote, por una vez, no se movió.

Martina cerró los ojos. Y lo último que vio antes de dormirse fue a un peón de crist bigote, en la séptima fila, mirando hacia la octava con los ojos brillantes.

No había avanzado todavía. Pero ya no tenía miedo de avanzar.

Y eso, en el fondo, era casi lo mismo que coronar.

Fin del quinto cuento.

Continuará...

El Secreto detrás del Cuento

En el ajedrez, casi todos los peones que llegan a la octava fila eligen convertirse en dan porque es la pieza más poderosa. Pero a veces, la posición necesita algo distinto. Esto conoce como subcoronación (underpromotion). ¡Reproduce esta increíble partida don elegir a un caballo de luz en vez de una poderosa dama fue la única jugada ganadora!

 ¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/05-la-coronacion-de-peoncito.html#partida-real>

CUENTO 6

La Jugada Invisible

Donde Martina descubre que la mejor jugada es la que preparaste la noche anterior mientras los demás dormían

La noche antes del torneo nacional, Martina recibió un mensaje en el grupo WhatsApp de ajedrez. Era la lista de emparejamientos de la primera ronda. Ella miró hasta su nombre y leyó: «Martina (Elo 1450) vs. Amanda (Elo 1620).»

Ciento sesenta y dos puntos más. Eso era mucho. Era como empezar la partida con un ventaja de dos piezas. Era como jugar contra alguien que ya te ganó antes de sentarse. Pero Martina se asustó con los números. Los números eran para las calculadoras. Ella era para el tablero.

—Busca sus partidas —dijo su papá, que estaba friendo algo en la cocina que olía sospechosamente a empanada de Apertura Italiana. O quizás era pizza. Últimamente olía a empanada en esa casa.

Y Martina buscó. Porque eso era lo que hacían los grandes. Polgar estudiaba a sus oponentes obsesivamente. Tal vez también, aunque luego hiciera lo contrario de lo que había estudiado. Pero primero estudiaba. Luego improvisaba. Luego sacrificaba. Luego ganaba. O perdía. Nunca empataba.

Encontró diecisiete partidas de Amanda Pérez en la base de datos. Diecisiete partidas con negras. Diecisiete Defensas Sicilianas. Ni una sola excepción. La niña jugaba c5 con la misma fuerza que quien respira: sin pensarlo. Si alguien le jugaba 1.e4 a Amanda, ella contestaba con 1...e5 aunque estuviera dormida. Aunque estuviera en el recreo. Aunque estuviera en su cumpleaños y la torta fuera de chocolate.

—Siciliana —dijo Martina, y sonrió—. Perfecto.

—¿Perfecto? —Su papá la miró—. La Siciliana es sólida como una nevera.

—Las neveras también se abren. Solo necesitas saber dónde está la manija.



Esa noche, Martina no se durmió. Se preparó. Extendió su tablero portátil sobre la cama. Abrió la laptop con la base de datos. Y empezó a analizar. Jugada por jugada. Variante por variante.

—Estás haciendo trampa —dijo una voz minúscula desde la casilla e4.

Peoncito apareció sentado en el borde del tablero, con las piernas colgando sobre el borde de la tercera fila. Llevaba puesta una bata blanca de laboratorio que le quedaba muy holgada, con tallas grandes y arrastraba por el suelo como una capa de científico loco. En la mano un puntero láser diminuto (que en realidad era un fósforo apagado, pero él insistía en que era un láser).

—Es preparación —dijo Martina sin levantar la vista—. No es trampa.

—Sabes qué va a jugar antes de que lo juegue. Eso es como saber dónde va a saltar el Caballo de N antes de que salte.

—Nadie sabe dónde va a saltar el Caballo de N. Ni siquiera él. La semana pasada intentó saltar a f6 y apareció en b2. Dijo que era una «variante teórica».

—Exacto. Y tú sabes dónde va a jugar Amanda. Eso es ventaja.

—En el ajedrez de torneo —dijo Martina—, la preparación no es trampa. Es trabajo. Los grandes maestros se pasan horas estudiando rivales. Preparan líneas. Esconden novedades. A veces, una sola jugada nueva que preparaste en tu casa vale más que cien partidas de experiencia.

—Suenas a trampa —dijo Peoncito.

—Suenas a ajedrez.

—Suenas a trampa elegante.

—Peoncito, un día te voy a capturar en diagonal y vas a ver lo que es una trampa de verdad.

Peoncito se ajustó la bata con dignidad ofendida.

—Las capturas en diagonal son mi mayor miedo. Después de los bigotes despegados: las galletas sin azúcar. Y de...

—Cállate y ayúdame a analizar.

—No sé analizar. ¡Soy un peón! Mi trabajo es avanzar y morir. Y tener estilo.





A las once de la noche, un crujido familiar anunció la llegada del Alfil Exiliado. Se deslizó la diagonal a1-h8 del tablero (solo las negras, obviamente; las blancas seguían territorio prohibido para él) y se detuvo junto a la libreta de Martina.

—La Siciliana Dragón —dijo, leyendo las anotaciones—. Ataque Yugoslavo. 0-0-0, Ae3, h4. Tormenta de peones en el flanco de rey. Agresivo.

—¿Te gusta?

—Es... artísticamente violento. Como un cuadro de Picasso pero con peones volando hienroque enemigo.

—Eso es muy específico.

—Tuve cuatrocientos años de exilio para desarrollar mis metáforas. No fueron años peFueron años de práctica.

—¿Y la línea?

El Alfil Exiliado estudió la libreta. Su mitra se movía de izquierda a derecha siguiendo flechas que Martina había dibujado.

—Es buena. Muy buena. Pero tiene un riesgo.

—¿Cuál?

—Que si Amanda se desvía en la jugada nueve, toda tu preparación se va por la draComo yo cuando me exiliaron. Pero sin el drama.

—No se va a desviar. Lo he comprobado en diecisiete partidas.

—Diecisiete partidas no son todas las partidas. Son diecisiete. El ajedrez tiene más juque estrellas en el cielo. —Hizo una pausa—. Aunque yo solo conozco la mitadestrellas. Las que están en casillas negras.

Martina lo ignoró y siguió analizando.



A las dos de la mañana, Martina seguía despierta. Su papá se asomó por la puerta. tablero, la laptop, la libreta llena de flechas, el fósforo de Peoncito tirado en el suelo extraña sombra con forma de mitra que se deslizó rápidamente detrás de la cortina.

—Martina, mañana juegas. Necesitas dormir.

—Necesito prepararme.

—Dormir es prepararse. El cerebro consolida la memoria mientras duermes. Si no duermes todo lo que estudiaste se evapora y mañana juegas como si hubieras aprendido ayer.

—Aprendí ajedrez hace seis meses. Técnicamente siempre juego como si hubiera aprendido ayer.

Su papá suspiró. El suspiro del padre que sabe que ha perdido la discusión lógica.

—Diez minutos más —negoció Martina.

—Cinco.

—Ocho.

—Seis. Y apago la luz yo.

—Seis y medio.

—No existen los medios minutos en ajedrez.

—En blitz sí.

—Esto no es blitz. Son las dos de la mañana.

—Seis.

—Seis. Trato hecho.

En esos seis minutos, Martina repasó la línea clave. No la aprendió de memoria, como recita un poema en el colegio. La entendió. Entendió por qué el peón f3 protegía e4. Por el alfil en e3 apuntaba al flanco de rey. Por qué el enroque largo ponía al rey a mientras las piezas del otro flanco se lanzaban al ataque como una estampida de caballos furiosos.

—Si entiendes la idea —murmuró—, no necesitas memorizar las jugadas. Las jugadas solas.

—Eso es profundamente cierto —dijo el Alfil Exiliado desde detrás de la cortina profundamente aterrador si lo dice una niña de nueve años a las dos de la mañana con un peón de laboratorio y una mitra escondida en su cuarto.

—Seis minutos —anunció Peoncito, golpeando el tablero con su puntero-fósforo—. Hora de dormir. Y si no obedeces, te clavo el fósforo en el peón de d4.

—No puedes clavar nada. Eres un peón. No tienes brazos.

—Tengo intención. Que es lo que importa.



El polideportivo del torneo nacional era tres veces más grande que el de su colegio. Cientos de tableros. Docientos jugadores. Árbitros con gafas y cronómetros colgados del cuello caminaban entre las mesas como pingüinos silenciosos. Padres en las gradas con cara de sufrir más que sus hijos. Un niño en la mesa 12 que mordía su caballo de plástico antes de moverlo.

—Ese niño se come las piezas —susurró Peoncito desde el bolsillo de Martina, donde se metido sin pedir permiso—. Eso es canibalismo ajedrecístico. Deberían descalificarlo.

—No está en mi mesa. No me importa.

—A mí sí. Ese caballo tenía familia.

Martina se sentó en la mesa 47. Al otro lado, Amanda Pérez. Once años. Gafas redonda trenza tan apretada que le estiraba las cejas hacia arriba, dándole un aire perpetuo sorprendido. Como si el tablero acabara de contarle un chisme.

—Blancas —anunció el árbitro, señalando a Martina con la barbilla.

Martina pulsó el reloj. e4.

Amanda jugó c5. Sin dudar. Sin pestañear. Sin pensar. Siciliana. Como siempre. Como re Como parpadear. Como ser Amanda Pérez.

—Ya está —Peoncito asomó la cabeza del bolsillo—. Hizo lo que esperabas. Es como si tuvieras una bola de cristal.

—No tengo bola de cristal. Tengo base de datos.

—Que es la bola de cristal de los pobres.

Martina jugó Cf3. Amanda d6. Martina d4. Amanda cxd4. Martina Cxd4. Amanda Cf6. Martina Cc3. Amanda g6.

—Dragón —dijo Martina en voz baja—. La variante Dragón.

—¿Es buena o mala noticia? —preguntó Peoncito.

—Es /a noticia. La que esperaba. La que preparé anoche mientras tú jugabas a ser cie con un fósforo.

—Era láser.

—Era un fósforo.

—Un fósforo láser. No me quites la ilusión.

Martina jugó Ae3. Amanda Ag7. Martina f3. Amanda 0-0. Martina Dd2. Amanda Cc6.

Hasta aquí, todo libro. Todo conocido. Amanda movía a velocidad de crucero, con la confianza de quien ha bailado este baile cientos de veces. Sus dedos volaban del tablero como golondrinas amaestradas.

Martina jugó 0-0-0.

Y Amanda se congeló. Su mano, que ya iba hacia el caballo, se detuvo a medio camino. Las cejas, ya de por sí altas, treparon un centímetro más. El chisme del tablero acabó volverse interesante.

—Se rompió —susurró Peoncito—. ¡La rompiste! ¡Hiciste que una niña que juega sin pensar se piense! Es como hacer que un peón vuele.



Amanda tardó dos minutos en mover. Dos minutos en un torneo es una eternidad. Es esperar a que Peoncito avance de la segunda a la séptima fila. Dos minutos en los que Martina vio exactamente lo que esperaba ver: una jugadora que había salido de su zona de confort y no sabía volver.

Finalmente Amanda jugó Ad7. El desarrollo estándar. Exactamente lo que Martina había previsto.

—Como un reloj —dijo Peoncito.

Martina jugó g4. El primer peón de la tormenta. Amanda Tc8. Martina h4. El segundo peón. Amanda Ce5. Y entonces, Martina soltó la jugada invisible:

h5.

El silencio que siguió fue el silencio más hermoso que Martina había oído en un torneo: era el silencio de la concentración. Era el silencio de la sorpresa. El silencio de «esa jugada que existe en mis apuntes». El silencio de una jugadora que acaba de entrar en un bosque «sin linterna».

Amanda miró el tablero. Miró a Martina. Miró el techo, como si la respuesta estuviera «grabada» en las vigas. No estaba.

—No conoce esta línea —susurró el Alfil Exiliado, que de algún modo había aparecido—, reflejado en el vidrio de las gafas de Amanda—. Está perdida en un bosque que tú planeaste anoche, regaste con análisis y decoraste con flechitas de colores.

—El bosque oscuro de Tal —dijo Martina—. Pero con GPS.

—Y con un alfil de guía turístico —agregó el Alfil—. Que conste en acta.



Amanda intentó defenderse como pudo. Capturó el caballo en d4: Cxd4. Martina respondió con el alfil: Axd4. Amanda jugó Da5, una jugada desesperada que olía a «no sé qué pero tengo que hacer algo».

—Está moviendo por mover —diagnosticó Peoncito, que se había subido al borde del tablero y señalaba con su fósforo—. Mover por mover es lo que hacemos los peones cuando tenemos plan. Pero nosotros al menos tenemos la excusa de que solo podemos ir adelante.

Martina jugó hxc6. El peón h capturó en g6, abriendo la columna h como quien descorre la cortina. El rey negro, que hasta ese momento había estado cómodamente enroca, encontró de repente en pelotas.

Amanda capturó: fxc6. Su estructura de peones frente al rey era ahora un queso gruyère agujeros por todas partes. Un queso suizo. Un queso que lloraba.

Martina jugó Ad3. El alfil apuntó directamente a g6. Amanda Ae6. Martina Cg5. El caballo saltó a g5, amenazando dama y mate simultáneamente. Un doble amenaza que era una navaja suiza: servía para todo.

Amanda movió su dama a b4. Última esperanza. Martina De2, defendiendo el rey, preparando el asalto final.

—Judith Polgar —dijo Martina— decía que el ataque es una sinfonía. Cada pieza entra en el momento justo. Si una se adelanta, todo se desafina.

—Y Mikhail Tal —agregó Peoncito— decía que si la sinfonía se desafina, igual puedes ganar. El rival se asusta más que tú.

—Eso no lo dijo Tal.

—Lo dijo su caballo. El que siempre saltaba en N. Ese caballo sabía de miedo escénico.

Amanda jugó d5, abriendo el centro en un intento desesperado de darle aire a su rey, pero ya no había aire. Ya no había centro. Ya no había nada excepto la derrota acercándose como un tren.

Martina jugó Dh7+. La dama entró con jaque. Rf7. Txe8, capturando la torre. Re8. Dxc6. Dg8 mate.

La dama blanca en g8. El rey negro en d8. Las piezas negras amontonadas alrededor del propio monarca como turistas alrededor de un mapa que nadie sabe leer. Jaque mate.



Amanda miró el tablero durante quince segundos. Luego veinte. Luego veinticinco. Su cuerpo parecía haberse tensado aún más, si eso era físicamente posible, lo cual no lo era pero igual.

Tendió la mano.

—No entiendo —dijo—. Esa línea no la había visto nunca. ¿De dónde la sacaste?

Martina le estrechó la mano.

—De una base de datos. De mi tablero. De quedarme despierta hasta las dos de la mañana mientras un peón con bigote me decía que estaba haciendo trampa.

Amanda parpadeó.

—¿Un peón con bigote?

—Es una metáfora.

—Ah.

—En realidad no —dijo Peoncito desde el bolsillo—, pero es más fácil que explicarle que existo.



De vuelta en el hotel, Martina se sentó en la cama. Su papá revisaba los resultados del teléfono con cara de no entender nada pero sentirse orgulloso igual.

—Ganaste. ¿Cómo se siente?

Martina lo pensó.

—Como si hubiera jugado dos partidas. Una anoche, en mi cuarto, cuando preparé la l
otra hoy, en el tablero, cuando la ejecuté. La de verdad fue la de anoche. La de ho
solo... el eco.

Su papá asintió lentamente, como quien acaba de recibir sabiduría que no pidió per
tampoco va a rechazar.

—Así que estudiaste a tu rival, preparaste una línea secreta, y funcionó. Como una es
ajedrez.

—No memoricé variantes. Entendí la idea. Por qué cada jugada era necesaria. Eso... —b
— es más importante que saberse veinte jugadas de memoria. Porque si Amar
desviaba, yo igual sabía qué hacer. No porque lo hubiera memorizado. Sino porque
entendido la posición.

—Como un pianista que no lee la partitura. Toca porque entiende la música.

Martina lo miró con respeto.

—Eso estuvo bien, papá.

—Gracias. Lo leí en internet.

—Y lo arruinaste.

Esa noche, antes de dormir, Martina cerró los ojos y vio el tablero en su mente. Las
seguían moviéndose. Pero ya no preparaban nada. Solo jugaban. Libres. Como debe se

—Mañana segunda ronda —dijo Peoncito desde la almohada, donde se había instal
pedir permiso (otra vez)—. ¿Contra quién?

—No sé.

—¿Y no te preparas?

Martina negó con la cabeza, ya medio dormida.

—No. Porque sé jugar ajedrez. La preparación ayuda. Pero el ajedrez se juega en el tablero. No en la libreta. Ni en la laptop. Ni en el fósforo de un peón que se cree científico.

—Era láser —murmuró Peoncito, y se durmió con el bigote perfectamente encerado y una sonrisa de orgullo falso.

Fin del sexto cuento.

Continuará...



El Secreto detrás del Cuento

El feroz ataque que Martina preparó es completamente real y se llama el Ataque Yugoslavo contra la Defensa Siciliana Variante Dragón. Grandes campeones del mundo como Bob Fischer lo perfeccionaron para destruir el enroque enemigo enviando una letal tormenta de peones (g4, h4, h5). ¡Reproduce esta famosa partida donde Bobby Fischer destruyó a su oponente usando esta misma línea de preparación!



¡Juega la partida en tu pantalla!



Escanea este código QR con tu móvil o haz clic en el enlace para abrir el tablero interactivo en martinachess.com y reproducir cada jugada.

<https://martinachess.com/cuentos/06-la-jugada-invisible.html#partida-real>

Anexo: Glosario de Conceptos

En este libro, Martina ha explorado conceptos reales de la teoría y la práctica del ajedrez. Aquí tienes un resumen de las lecciones clave:

El Centro y el Desarrollo

Controlar las cuatro casillas centrales (d4, e4, d5, e5) es vital. Desarrollar las piezas menores (caballos y alfiles) temprano y asegurar el rey mediante el enroque son los primeros pasos de cualquier campeón en la apertura.

La Clavada (Pin)

Una táctica donde una pieza atacada no puede moverse porque expondría a una pieza más valiosa (como el rey o la dama) detrás de ella. Es la táctica favorita de Martina y la estudia de forma continua.

El Zugzwang

Una situación en la que cualquier movimiento que haga un jugador empeorará su posición. En ajedrez, a veces tener la obligación de mover es una desventaja fatal.

El Sacrificio e Iniciativa

Entregar material (como un alfil o una dama) para abrir líneas de ataque y ganar la iniciativa, obligando al oponente a defenderse en lugar de atacar, al estilo de Mikhail Tal.

La Oposición y Regla del Cuadrado

Conceptos fundamentales de finales de peones. La oposición permite al rey ganar espacio bloquear al rey rival, y la regla del cuadrado calcula si un rey puede interceptar a un peón pasado en carrera.

MARTINA

Y LOS CUENTOS DE AJEDREZ

Parte 1: La Semilla de la Campeona

Este libro es una puerta mágica al tablero de las sesenta y cuatro casillas. A través de aventuras absurdas y personajes entrañables, la teoría real del ajedrez cobra vida para los más pequeños.

En esta parte, Martina explora *La Semilla de la Campeona* a lo largo de 6 cuentos llenos de creatividad, humor y aprendizaje.

"La belleza de un movimiento de ajedrez no se mide por su apariencia exterior, sino por el pensamiento que hay detrás de él."

— JUDIT POLGAR



<https://martinachess.com>